

# ESPAÑA Y LA LIBERTAD

## Intervención de José María Aznar\*

**G**racias por asistir a este acto. Hoy es un día muy importante para la Fundación FAES. En este día reafirmamos nuestro compromiso con el valor universal al que aspiramos todos los seres humanos.

Un valor clave en la tarea que desde hace más de veinte años la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales realiza para la sociedad española, con la que nos vincula un compromiso que no solo permanece intacto sino que es hoy más fuerte que nunca.

Un valor que es propio de la modernidad y de la civilización. Que no es patrimonio de ninguna cultura, continente o tradición. Un valor imprescindible: el valor de la libertad.

Lo hacemos como es más justo hacerlo, mediante el reconocimiento público de uno de sus más brillantes, valientes y eficaces defensores:

---

José María Aznar es expresidente del Gobierno. Presidente de Honor del Partido Popular. Presidente de la Fundación FAES.

\* Palabras pronunciadas durante la ceremonia de entrega del IV Premio FAES de la Libertad. Círculo de Bellas Artes de Madrid, 24 de octubre de 2012.

Mario Vargas Llosa, a quien hacemos entrega del IV Premio FAES de la Libertad.

Es un honor contar con su presencia y compartir con él y con todos ustedes esta celebración. Gracias sinceramente por estar aquí. Gracias señor presidente del Gobierno por estar aquí con nosotros esta tarde.

Glosar una trayectoria como la de Mario Vargas Llosa no es sencillo. Y a estas alturas probablemente no es necesario. Mario Vargas Llosa es la literatura, es la lucidez y la inteligencia. Es la mirada honda, incisiva e íntegra. La mirada civilizadora, fraterna y cordial. Es esa mirada hecha palabra.

Nació en Arequipa, en Perú. Se licenció en Letras en la Universidad de San Marcos de Lima y se doctoró por la Complutense de Madrid.

Vivió en París, Londres, Berlín, Barcelona y en Washington, y ahora en Madrid. Publicó *La ciudad y los perros* en 1962. Y desde entonces novelas, ensayos, teatro, estudios, reportajes y periodismo llenan toda una vida de la mejor literatura, que ha obtenido los más importantes premios.

Desde el año 1994 es miembro de la Real Academia Española. Su obra ha sido traducida a más de treinta idiomas.

En 2010, como todos saben, le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. El discurso que pronunció con motivo de ese premio constituye una pieza única, y también probablemente su mejor semblanza posible.

Un elogio de la literatura y de la ficción; un elogio de la libertad y de cuanto la fecunda, la protege y la ensancha; y una crítica de lo que la hostiga, la daña o la menosprecia.

Mario Vargas Llosa nos dice que escribe porque “sin las ficciones seríamos menos conscientes de la importancia de la libertad [...], que hemos ido conquistando en la larga hazaña de la civilización”.

La civilización como hazaña de la humanidad y la libertad como su cumbre es una de las claves de su obra literaria, política y cívica. Una de las claves de su vida.

La de Mario Vargas Llosa es un alma en permanente vigilia por la libertad, atenta a cualquier indicio de fatiga, de decaimiento o de pereza en ella. Alerta siempre contra el totalitarismo y sus caminos.

Él vive, narra e imagina la gesta cotidiana de ser libre, toca así la cumbre de la civilización, y por esa razón es para mí un gran placer hacerle entrega de este premio.

Queridos amigos, en su discurso de Estocolmo Mario ofrece testimonio de muchas cosas y de muchas personas. Del Perú, de América Latina, de la lectura. De París. De la familia como origen y de la familia como destino. De Patricia, de los hijos, de los nietos. Y también ofrece testimonio de España y de los españoles.

Mario es muchas cosas importantes, y entre ellas, y de manera destacada, está el ser “también” español. Se hizo español sin dejar de ser otras muchas cosas.

Primero español de Barcelona, a principios de los años setenta, “la ciudad –señala– donde había que estar para respirar el anticipo de la libertad”.

Luego, español que aplaude y abraza una transición política modélica; a su juicio un hecho tan prodigioso como los de las novelas del realismo mágico.

Afirmó en Estocolmo que “la Transición española ha admirado al mundo entero. Una experiencia emocionante y aleccionadora vivida de muy cerca y a ratos desde dentro”.

Esa España capaz de asombrar al mundo por su voluntad democrática, de crear un orden de libertad que le abrió la puerta de Europa ha sido siempre objeto de nuestra atención académica y de nuestro compromiso político.

De nuevo, debemos traer al presente el significado del pacto constitucional en que se plasmó la Transición democrática. Especialmente cuando se quiere extender la falsedad de un supuesto fracaso histórico de España y se hace de esta falsedad la coartada para la ruptura.

El acuerdo democrático entre españoles significó la integración respetuosa frente a las tensiones de disgregación; significó el anhelo de convivencia frente a la ebullición fratricida; significó el desacuerdo razonado frente a la lucha sectaria. Y todo eso nos ha hecho ser más libres, más prósperos, más responsables de nuestro propio destino.

Nada más alejado del fracaso que una Nación que en poco más de tres décadas ha sabido hacer frente a la apertura de su economía y a la transformación radical del Estado; que se ha abierto al encuentro cultural y humano con la inmigración; que ha combatido con la ley la agresión criminal del terrorismo; que ha querido ser parte activa de un escenario internacional tantas veces problemático y cambiante.

Una nación que aun hoy, en medio de los sacrificios que impone la situación económica, muestra la madurez que ha exhibido en los momentos más difíciles de nuestra historia reciente y que a algunos tanto desespera.

Señoras y señores, para comprender cabalmente la democracia hay que recordar que democracia es poder, pero es también no poder. Es tener derecho, pero es también no tenerlo. Democracia es habilitación y es límite; y ninguna habilitación puede serlo para ignorar los límites. Porque más allá del derecho no está la libertad, está la tiranía.

Por eso, no hay posibilidad alguna de invocar la democracia ni cabe esperar su protección cuando se actúa fuera de las normas de un Estado de derecho.

Fue justo lo contrario, la capacidad de equilibrar derechos y obligaciones, lo que permitió a España transitar a la democracia e incorporarse al proyecto europeo.

Y hoy quisiera recordar tres cosas, a mi juicio esenciales, acerca de esa experiencia histórica, porque con frecuencia hay quien trata de que se ignore la verdad, y no siempre sin éxito.

En primer lugar quiero recordar que, al menos simbólicamente, una de las doce estrellas bordadas en la bandera de Europa es española. Y no lo es por casualidad.

Lo es porque los españoles supimos conquistar nuestra libertad. Supimos hacer nuestra parte en la gran hazaña de la civilización.

Lo es porque en 1977 celebramos nuestras primeras elecciones democráticas en muchos años, y porque así fue reconocido por las instituciones europeas, que abrieron finalmente el proceso para nuestra adhesión.

Lo es porque hicimos una Constitución de todos. Y lo es porque en 1986 pasamos a formar parte como miembros de pleno derecho de un proceso que busca la unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa, según sigue afirmando el artículo primero del Tratado de la Unión Europea.

Tratado que desde su Preámbulo reitera su compromiso con el Estado de derecho y destaca la importancia histórica de poner fin a las divisiones en el continente.

Un proceso europeo que nació explícitamente frente a todo lo que el nacionalismo evoca de destructivo en la historia de Europa, y que por ello acaba de recibir el Premio Nobel de la Paz.

España ha recibido también ese premio. Como nación capaz de asumir su propia reconciliación y de regirse por los principios de la democracia liberal. Como Estado miembro de la Unión Europea desde hace muchos años. Como parte en la redacción y en la aprobación de los principales tratados europeos de las últimas décadas y como país fundador del euro.

Es, por tanto, una idea desmentida por los hechos la de que existe un acoplamiento natural entre el nacionalismo y el europeísmo. Nacionalismo y europeísmo son en realidad conceptos opuestos.

El acoplamiento se produjo ya hace mucho, y lo fue entre el europeísmo y el constitucionalismo español.

La Constitución fue nuestra puerta de entrada a Europa. Romper con la Constitución es, para quien lo haga, la puerta de salida de Europa.

El problema del nacionalismo no es solo con España ni es solo con la Constitución española, su problema es con el Estado de derecho, con la sociedad abierta, con la diversidad, con la globalización.

En segundo lugar, estamos hoy ante una trampa dialéctica que consiste en afirmar que quienes defendemos la Constitución defendemos un texto escrito a nuestro capricho. Un texto que respondería a nuestras propias opiniones y a nuestros propios deseos.

Se falsifica la historia a conciencia para tratar de sostener ese engaño, con el agravante de que se falsea una historia que los nacionalistas conocen bien porque han sido parte de ella, y parte importante, además.

Quiero recordar que defender el pacto constitucional no es defender lo que a uno le gustaría que fueran las cosas.

Defender la Constitución es defender un ámbito de encuentro al que se decidió llegar para hacer posible la convivencia, y ese es precisamente el mérito de quienes lo defendemos: defendemos un acuerdo alcanzado por consenso y por tanto un acuerdo que es fruto de renunciar a muchas cosas importantes.

Eso es lo que aprendimos de nuestra historia; esa enseñanza es la que supimos llevar a nuestra Constitución en 1978, a diferencia de lo que ocurrió en los años treinta del pasado siglo.

A estas alturas, me parece ya bastante claro que el coste en términos de bienestar y de racionalidad jurídica y económica del deslizamiento de nuestro modelo territorial, es, sencillamente, insostenible.

Lo mínimo que se podía esperar a cambio del pacto histórico, complejo y costoso, era lealtad al consenso. Pero lo que hemos obtenido ha sido deslealtad con la democracia y con la ley. Llámese deslizamiento, o centrifugación, o desarticulación. Como se quiera, al final, deslealtad.

Hasta el punto de que bajo amenazas de todo tipo –y vemos que literalmente son de todo tipo– el nacionalismo pretende ahora romper los términos del acuerdo democrático para buscar la secesión y el conflicto.

Un nacionalismo que al mismo tiempo que exige mejorar su posición deja claro que no respetará los compromisos a los que se pueda llegar, y que considerará cualquier acuerdo como una gran disposición transitoria sujeta a lo que pueda convenir a su capricho.

Se amenaza al Estado con internacionalizar un supuesto “conflicto” llevándolo a no se sabe qué instancia internacional. Se chantajea con la utilización de un cuerpo armado autonómico en un proceso secesionista. Se insiste en contraponer la legalidad constitucional a la democracia, como si esa legalidad no procediera de las instituciones legítimas de representación y de la decisión constituyente de la nación como único sujeto de soberanía. Y todo esto lo hacen quienes exigen ser reconocidos como “moderados”.

Señoras y señores, yo no participé en la Guerra de Sucesión junto a los leales a Felipe V. Ni yo ni ninguno de los españoles –muy en primer término catalanes– que con la Constitución, y gracias a ella, han llevado a Cataluña a la mayor autonomía de su historia, sin comparación alguna posible.

He dedicado toda mi vida política a colaborar en la construcción de un proyecto nacional y democrático.

Un proyecto anclado firmemente en los valores constitucionales, animado por el espíritu de la Transición que nos devolvió a la convivencia en

libertad. Abierto a la pluralidad y convencido también de que lo común, lo que nos une, es más que la suma de las partes.

Muchos hemos compartido esa gran tarea. La credibilidad y la solidez de ese proyecto han merecido la confianza mayoritaria de los españoles.

Pero hoy vuelve a ser puesto a prueba por una crisis económica profunda y por una crisis provocada por los que jalean el desgarrar, por los oficiantes de la ruptura. Por los que han decidido dar una patada al tablero y pretenden además que eso forme parte del juego. Y no hay duda de que forma parte del suyo.

Ese proyecto político compartido e inequívocamente mayoritario lo es ahora de gobierno. Protegerlo es la responsabilidad de este tiempo: garantizar la integridad de los principios constitucionales, articular voluntades a favor de la convivencia. Preservar los derechos de todos los ciudadanos, ser un eslabón sólido en la continuidad histórica de España.

Reitero lo que he dicho ya en alguna ocasión: España no se va a romper. Y añadido, para los que juegan irresponsablemente con las cosas importantes, que España solo podría romperse si Cataluña sufriera antes su propia ruptura como sociedad, como cultura y como tradición.

Cataluña no podrá permanecer unida si no permanece española. Quien piense que solo está en juego la unidad de España se equivoca. Antes de eso, está en juego la integridad de Cataluña.

A lo largo de nuestra historia, el nacionalismo ha planteado un desafío recurrente precisamente en los momentos de arraigo democrático español. Y no es casualidad. Y ahora, una vez más, pretende transferirnos la carga de la prueba interpelándonos con una pregunta: “¿qué hay de malo en la ruptura?”.

Pero la cuestión en realidad es bien distinta. Es el nacionalismo el que debe responder a la pregunta: “¿qué hay de bueno en la ruptura?” “¿Qué hay de bueno en ella y para cuántos?”.

La España constitucional no necesita responder en hipótesis a esta pregunta, porque puede mostrar un rendimiento integrador real. Hay mucho de bueno en ella y lo hay para todos. Se han hecho grandes esfuerzos por incluir en el acuerdo a todos, incluso a quienes más exigen y menos están dispuestos a ofrecer.

Pero ya que el nacionalismo nos ha dejado claro lo que podemos esperar de él hagamos lo que hagamos, quizás haya llegado el momento de abordar la reforma que nos permita tener un Estado más ordenado, más eficiente, más justo. Un Estado que asegure nuestro bienestar, que nos dé mejores servicios y que fortalezca una sociedad de oportunidades para todos los españoles.

El pacto constitucional sigue vigente, no se rompe solo porque alguien lo diga, y solo puede cambiarse mediante los procedimientos previstos.

Como he tenido oportunidad de afirmar hace unos días, recordando la Constitución de Cádiz, España no es una nación identitaria o nacionalista; es una nación plural, compleja e incluyente. La voluntad permanente, yo diría que fundacional, del Estado democrático por integrar a todos define buena parte de la trayectoria política desde la Constitución.

Pero ese esfuerzo integrador tiene que ser un factor de fortaleza y de confianza, no un factor de debilidad ni un motivo de frustración. Eso está ocurriendo y, en mi opinión, es necesario terminar con el debilitamiento y con la frustración.

Asumir las exigencias recíprocas del consenso y de la convivencia, sí; asumir el precio de la deslealtad, no. La deslealtad debe pagarla quien es desleal.

Es indispensable, por lo tanto, reconstruir desde su base un proyecto nacional real que nos devuelva al camino del progreso. Un proyecto político, que es donde se apoya todo lo demás.

Hay que reformar nuestro modelo para reafirmar los principios de la España constitucional. Reformar para reafirmar la igualdad de todos los espa-

ños independientemente de dónde nacen o de dónde viven. Reformar para reafirmar la libertad de todos y cada uno de nosotros frente a los chantajes, las imposiciones y las maniobras de exclusión. Reformar para reafirmar la supremacía de la ley como garante de nuestros derechos y como baluarte frente al totalitarismo. Reformar para reafirmar la solidaridad entre españoles, para que nadie quede al margen del progreso y de las oportunidades.

En definitiva, hay que reformar para reafirmar los fundamentos de una España fuerte y moderna, que no renuncia a sí misma ni a ser una de las mejores democracias del mundo. Ya hemos demostrado que podemos serlo.

Finalmente, en tercer lugar quiero recordar que la Constitución y sus efectos de todo orden, por ejemplo en materia fiscal y de solidaridad, nacen de un acuerdo entre ciudadanos españoles, no entre territorios de España.

Cualquier propuesta que pretenda sustituir derechos de ciudadanía por derechos territoriales o históricos al margen de la legitimación constitucional es, lisa y llanamente, incompatible con la soberanía nacional. Soberanía que sigue residiendo en el pueblo español, del que emanan y emanarán siempre y en todo caso los poderes del Estado.

Todo el Estado –insisto, todo el Estado– está al servicio de la nación, es creación de la nación y a ella, y solo a ella, sirve; por ella y solo por ella se justifica su existencia.

Cualquier fórmula federal, confederal, o del tipo que sea, que pretenda o requiera la quiebra de la soberanía nacional es inviable. La hacen inviable e indeseable la realidad de la nación española y la determinación de la inmensa mayoría en la que, sin duda, me incluyo.

Señoras y señores, la continuidad histórica de España depende de nosotros. De nuestro anhelo de convivencia, de nuestro compromiso con la libertad y de nuestra capacidad de convocatoria y de liderazgo.

No podemos hacer dejación de España. No debemos hacerla. Debemos creer en España más de lo que nadie pueda llegar a descreer de ella.

Debemos hacer por España más de lo que nadie pueda llegar a hacer contra ella. Porque España significa libertad, significa nuestra libertad.

La hazaña de la libertad se logra ejerciéndola con naturalidad y determinación, sin ceder nunca frente a sus enemigos. Sin aceptar transacciones que la disminuyan. Como lo han hecho durante todos estos años con valentía y ponderación las víctimas del terrorismo.

Estoy seguro de que en esta tarea de hacer de la libertad nuestra hazaña personal y diaria, el ejemplo de Mario Vargas Llosa nos va a ser siempre de gran ayuda.

Por eso lo leemos, por eso lo honramos y por eso lo aplaudimos. Y por eso le otorgamos este IV Premio FAES de la Libertad.

## Intervención de Mario Vargas Llosa\*

Recibir el Premio de la Libertad que concede FAES después de que lo recibieran Su Majestad el Rey de España, la baronesa Margaret Thatcher y el presidente de Israel, Shimon Peres, es mucho más que un reconocimiento. Soy muy consciente de que conlleva una responsabilidad, un mandato de rigor intelectual y también de conducta cívica.

Agradezco de todo corazón este reconocimiento, así como las palabras tan generosas que acaba de pronunciar sobre mi persona y sobre mi trabajo de escritor el presidente Aznar. De más está decirles que haré todo lo que está a mi alcance para estar a la altura de lo que representa este premio.

---

Mario Vargas Llosa es escritor y Premio Nobel de Literatura en el año 2010.

\* Palabras pronunciadas durante la ceremonia de entrega del IV Premio FAES de la Libertad. Círculo de Bellas Artes de Madrid, 24 de octubre de 2012.

En uno de sus primeros ensayos sobre la libertad de prensa, un gran amigo de España y de FAES, Jean-François Revel, recordaba que un *scholar* norteamericano había detectado cerca de 5.000 definiciones diferentes de la palabra libertad. Y añadía que este esforzado rastreo era probablemente inútil, porque nadie necesita de teorías o de complejos esquemas intelectuales para saber cuándo la libertad existe, cuándo está mermada o cuándo ha sido conculcada del todo.

En efecto, no necesitamos de teorías, nos basta leer un periódico, prender una radio, encender la televisión y ver si allí en las informaciones se critica el poder, los poderes, o solo se los adula. Nos basta escuchar a la gente y advertir si hablan con naturalidad y franqueza de sus problemas o si lo hacen de una manera recelosa, con miedo, como ocurre siempre en los países que sufren dictaduras.

La libertad es un bien precioso y es un bien del que disfruta España, algo que, como ha recordado el presidente Aznar, representó para el mundo entero un acontecimiento singular. Un acontecimiento que quienes lo vivimos de cerca nunca olvidaremos, por la extraordinaria lección que ello representó.

La transición de España de una dictadura en una democracia, de un país pobre en un país próspero de clases medias, de un país ensimismado y recluido a un país integrado a Europa y abierto al mundo, fue un hecho que ha traído enormes beneficios a los españoles, creando nuevas oportunidades, haciendo retroceder la pobreza, extendiendo la cultura y estimulando la vida cultural de todas las regiones de España sin ninguna excepción. El mundo se asombró y lo ocurrido en España ha sido para muchos países –y no solo del Tercer Mundo, sino también del Primero– un ejemplo y un modelo.

Conviene recordarlo ahora, precisamente cuando España vive momentos muy difíciles, una crisis económica profunda y sacrificios que están golpeando duramente a grandes sectores de la población. Pero España tiene para enfrentar este duro desafío con ese recurso precioso que es la legalidad, la convivencia pacífica, la cultura de la libertad.

Los países que como España han hecho suya la cultura de libertad, deben sentirse optimistas en el mundo que vivimos. Hemos visto en un plazo relativamente breve hacerse trizas, prácticamente desaparecer, a las mayores amenazas que han tenido los países libres: el fascismo y el comunismo. El fascismo desapareció en el atroz cataclismo de la II Guerra Mundial que él mismo había provocado con sus delirios mesiánicos, y el comunismo se ha desfondado por putrefacción interna, por su total incapacidad para satisfacer los más elementales anhelos puestos en él por quienes vivían bajo su dominio.

La desaparición de la Unión Soviética y la conversión de China de país comunista en una sociedad capitalista autoritaria son la demostración más flagrante del fracaso de una ideología que prometía traer la justicia y la igualdad con el sacrificio de la libertad.

Sin embargo, la desaparición del comunismo y del fascismo no ha acabado con todos los enemigos de la libertad. Cometeríamos un grave error si ante la desaparición de esas dos grandes ideologías totalitarias bajáramos la vigilancia y nos hundiéramos en la complacencia o en la negligencia.

La libertad puede desaparecer no solo por acciones de sus enemigos externos, sino también por descomposición interna, por la desaparición de su ejercicio, de su renovación constante y por la desaparición de la decisión enérgica de defenderla en momentos de peligro o de crisis.

El gran enemigo de la libertad de nuestro tiempo es el nacionalismo, una vieja ideología que periódicamente renace, sobre todo, aprovechando los momentos de crisis. Un viejo colectivismo que atrae como un imán en nuestra época a los nostálgicos del fascismo y del comunismo.

El gran desafío que tiene España no es la crisis económica, una crisis que por dura que sea, con las medidas valerosas que se están tomando y con los sacrificios que se hacen, terminará por ser vencida. El gran desafío que enfrenta la España libre y democrática de nuestros días es el nacionalismo. Hay que hacerle frente sin complejos de inferioridad, diciendo exactamente lo que el nacionalismo representa. Desde luego que no todos los nacionalismos utilizan el terror, el tiro en la nuca, los secuestros, los cupos a las empresas para

lograr sus fines. Hay nacionalistas pacíficos que operan y dicen respetar la democracia, que dicen creer en la convivencia, en la diversidad. Pero no nos engañemos, ese es un semblante, ese es un disfraz. El nacionalismo es una ideología inevitablemente autoritaria y reñida con la libertad, porque el nacionalismo es una ideología que en vez del individuo soberano, convierte en la esencia de la sociedad la vinculación del individuo con un territorio. Un territorio del que el individuo, que en este contexto ha perdido el libre albedrío, la capacidad de elección, no es más que una expresión, un epifenómeno de esa sacrosanta categoría colectivista que es la nación. A la corta o la larga, el nacionalismo significa siempre exclusión, discriminación y violencia.

Por eso no es extraño que a diferencia de lo que ha ocurrido con la democracia, con el liberalismo, con el socialismo, a lo largo de su historia, el nacionalismo no haya sido capaz de producir un solo ensayo, un solo tratado filosófico, político, jurídico, que tenga permanencia y solvencia intelectual; ¡ni uno solo! Solo panfletos, propaganda, diatribas, catecismos políticos sin ideas; porque el nacionalismo no está hecho de ideas, de razón, sino fundamentalmente de pasiones y de instintos.

Pese a ello hay circunstancias, como la que vive España en estos días, que crean un ambiente propicio de desazón, de confusión y de extravío en que el nacionalismo puede extenderse, como las infecciones en los cuerpos débiles y enfermos, con sus viejos cantos de sirena, el victimismo, un patriotismo entre comillas y esa panacea para todos los problemas llamada soberanismo, llamada emancipación.

El nacionalismo es una amenaza que no debe prevalecer, que no prevalecerá, pero depende fundamentalmente de nosotros, de que le salgamos al frente sin temor y diciendo la verdad; que el nacionalismo es la cultura de los incultos, lo que Popper, un gran filósofo de la libertad, llamaba el espíritu de la tribu. Una regresión cultural y política hacia los tiempos remotos en los que el individuo aún no existía, en los que el individuo era, como el nacionalismo quiere que seamos todavía, un mero trasunto de la colectividad.

Salgamos al frente al nacionalismo y derrotémoslo con las razones, que son las razones de la cultura de la libertad. España, como decía De Gaulle de Fran-

cia, es un antiguo país que a lo largo de su larga historia, en mil y una aventuras que enriquecieron al mundo cultural, literaria, política, cívicamente, ha ido forjándose, fraguándose, cohesionándose hasta constituir una indivisible unidad hecha de muchas lenguas, de muchas tradiciones, de muchas costumbres, hoy día compartiendo un denominador común que es el de la libertad.

Preservemos esta unidad irrompible con su diversidad y sobre todo haciendo que nunca más en la historia futura de España esas dos palabras que ahora están unidas, España y la libertad, vuelvan a separarse; que ellas sigan siendo mañana, pasado mañana y siempre, el anverso y el reverso de una sola moneda.

## PALABRAS CLAVE

Libertad • España • Valores occidentales • Democracia • Liberalismo • Nacionalismo

## RESUMEN

En la entrega del Premio FAES de la Libertad 2012, José María Aznar ensalza la trayectoria del escritor Mario Vargas Llosa y señala su "permanente vigilia por ser libre". Libertad y democracia se funden en el reconocimiento de un premio Nobel de Literatura que suma a sus muchos valores el de su amor por España. La defensa de la nación, de la Constitución y del proyecto político de España y de los ciudadanos frente al nacionalismo, así como la necesidad de efectuar las reformas necesarias para la pervivencia del proyecto histórico común, completan sus palabras.

Mario Vargas Llosa destaca por su parte cómo en los momentos difíciles es todavía más necesario defender unos valores y una cultura que nos permita salir adelante con éxito. España y libertad se constituyen así en anverso y reverso de una sola moneda. En su opinión, no es la crisis económica sino el nacionalismo el mayor de nuestros problemas, un nacionalismo que busca aprovechar la crisis para fracturar la sociedad española.

## ABSTRACT

*At the award ceremony of the 2012 FAES Freedom Award, José María Aznar celebrated the life and career of writer Mario Vargas Llosa, and stressed his "constant vigil to be free". Freedom and democracy merge in the recognition of this Nobel Prize laureate who has added to his many values, his love for Spain. The defence of the Spanish nation, of the Constitution and of the political project of Spain and all its citizens before nationalism, as well as the need to make the necessary reforms for the survival of the common historical project, complete his words.*

*Mario Vargas Llosa, in turn, stressed how in difficult times like the current ones, defending values, a culture of freedom that allows us to move forward successfully, becomes more necessary than ever. Spain and freedom are the two sides of the same coin. In his opinion, nationalism, and not the economic crisis, is actually the greatest problem we face, a nationalism that seeks only to seize this moment of crisis to fracture Spanish society.*

# LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Invierno de 2012-2013

NÚMERO

54



• • •

#### NACIONALISMO

G. TORTELLA y C.E. NÚÑEZ: Nacionalismo y economía. El caso español  
EDUARDO GOLIGORSKY: Cataluña. Los restos del naufragio  
EMILIO CAMPANY: Carta a un nacionalista catalán

• • •

#### VARIA

JORGE CASTAÑEDA: MÉXICO: México. Llegó la hora  
de una alternativa a la guerra contra las drogas  
CARLOS ALBERTO MONTANER: Las falacias del igualitarismo  
MAURICIO ROJAS: La crisis europea y el Estado de Bienestar  
ASTRID LINDGREN: Pomperipossa en Monismania  
SANTIAGO NAVAJAS: ¿La única patente buena es la patente muerta?  
LUIS DEL PINO: El futuro que nos anuncia la leche de seda

• • •

RETRATO: Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811)

• • •

#### RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO

• • •

Y acceda a los contenidos  
de todos los números anteriores  
en nuestra página web

[www.lailustracionliberal.com](http://www.lailustracionliberal.com)

E-MAIL: [lailustracion@libertaddigital.com](mailto:lailustracion@libertaddigital.com)